DiEc t. XXIX, n. 94-95 (1994) 349-357

EL FUTURO DEL CONSEJO MUNDIAL DE IGLESIAS Y EL COMETIDO DE FE Y CONSTITUCION EN EL MOVIMIENTO ECUMÉNICO

1. La fundación del Consejo Mundial de Iglesias en 1948 se basó en la convicción visionaria de los pioneros del Movimiento ecuménico de que las propias iglesias deberían ser protagonistas en ese nuevo proceso hacia la unidad visible de la Iglesia, el testimonio común del Evangelio en todo el mundo y la responsabilidad cristiana en favor de la justicia y la paz. El sentimiento de que con la creación del Consejo Mundial de Iglesias, mediante la fusión de los dos movimientos mundiales de «Fe y Constitución» y de «Vida y Acción», se lograría una verdadera renovación y conversión está claramente expresado en el Mensaje de la Primera Asamblea en Amsterdam, a saber:

> «Bendecimos a Dios nuestro Padre, y a nuestro Salvador Jesucristo, que reúne a todos los hijos de Dios que están dispersos, y que nos ha traído a Amsterdam. Estamos separados los unos de los otros no sólo en cuestiones de doctrina, constitución eclesiástica y tradición, sino también por orgullos de nacionalidad, clase y raza; pero Cristo nos ha hecho suyos, y Él no está dividido. Al buscarle a Él, nos hemos encontrado unos con otros. Aquí en Amsterdam nos hemos consagrado de nuevo a Cristo, y hemos pactado unos con otros al constituir este Consejo Mundial de Iglesias. Estamos firmemente decididos a permanecer unidos, e instamos a las congregaciones cristianas del mundo entero a apoyar y cumplir este pacto en sus mutuas relaciones. Agradecidos a Dios, dejamos en sus manos el futuro.

Universidad Pontificia de Salamanca

> Sin embargo, nuestra decisión de reunirnos para constituir el Consejo Mundial de Iglesias sería vana si los cristianos y las congregaciones cristianas en todas las partes del mundo no se comprometieran con el Señor de la Iglesia a ser sus testigos allí donde viven y a servir a sus prójimos. Es necesario que tengamos siempre presente y que recordemos a todos que Dios ha derrocado a los poderosos de sus tronos y ha elevado a los humildes y los mansos. Juntos tenemos que volver a aprender a hablar con osadía en nombre de Cristo a los que están en el poder y a nuestros pueblos. Tenemos que volver a aprender juntos a oponernos al terror, la crueldad y la discriminación racial y a colocarnos al lado de los marginados, los presos y los refugiados. Es necesario que la Iglesia sea la voz de los que no tienen voz y un hogar para todos. Tenemos que volver a aprender juntos cuál es nuestro deber como hombres y mujeres cristianos en la industria, la agricultura, la política, en el ejercicio de nuestra profesión y en el hogar. Tenemos que pedir a Dios que nos enseñe a decir juntos «sí» y «no» conforme a la verdad. «No», a todo lo que es contrario al amor de Cristo, a todos los sistemas, programas y personas que tratan a los seres humanos como seres irresponsables o como fuente de lucro; «no», a todos los que defienden la injusticia en nombre del orden, a los que siembran la semilla de la guerra o la instigan alegando que es inevitable; «sí», a todo lo que es conforme al amor de Cristo; «sí», a los que buscan la justicia y la paz; «sí» a los que no pierden la esperanza, luchan y sufren por la causa de la humanidad, a todos los que aun sin saberlo, aspiran a nuevos cielos y a una nueva tierra en los que reine la justicia»

Esta visión de los comienzos permanece válida hasta el día de hoy y es aún más vigente frente al actual «desorden del mundo» y a la búsqueda de señales que permitan discernir el «designio de Dios».

2. Hoy, 45 años más tarde, el Consejo Mundial de Iglesias ya no es el mismo. Las iglesias que participaron en su fundación fueron principalmente las iglesias históricas protestantes y ortodoxas de Europa y América del Norte. Desde entonces ha llegado a ser un consejo verdaderamente *mundial* y la mayoría de sus iglesias miembros se encuentra en el hemisferio sur. Esta situación pone en evidencia el desplazamiento del centro de gravedad del mundo cristiano durante este siglo. Y lo que es más: la adhesión de todas las Iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales no calcedonenses así como las relaciones más estrechas con la Iglesia Católica han permitido que el Consejo Mundial respondiera más fielmente a su vocación de ser un instrumento del «único» Movimiento ecuménico de todas las iglesias cristianas, aunque muchas igle-

Universidad Pontificia de Salamanca

sias evangélicas conservadoras y pentecostales continúen adoptando respecto del Consejo una actitud de recelo o de rechazo. Con la ampliación del Consejo Mundial de Iglesias durante los últimos decenios se ha ido creando una tradición ecuménica propia cuya continuidad y coherencia internas constituyen un valioso patrimonio que sirve de base para construir nuestro futuro.

Pero ese mundo, en el que las iglesias miembros del Consejo Mundial de Iglesias se comprometieron a «responder juntas a su vocación común», también ha cambiado. Hoy día todas las sociedades están cada vez más ligadas unas con otras. Sin embargo, la esperanza de lograr una nueva forma de comunidad humana en la que reine la justicia y la paz se ha transformado para muchos en desesperanza y temor. La separación entre ricos y pobres es hoy mayor que nunca. El fin de la carrera mundial de armamentos no ha aportado de momento una mayor seguridad sino, por el contrario, un aumento de las tensiones y los conflictos. La destrucción de las bases de la vida humana continúa inexorablemente; el racismo, la violencia y la violación de los derechos humanos fundamentales condicionan la existencia de la mayoría de los seres humanos.

La convicción en la que se basaba la fundación del Consejo Mundial de Iglesias en 1948 sigue tan vigente como entonces y no es posible volver a un estadio anterior a esa visión original. Si no existiera el Consejo Mundial de Iglesias, sería necesario crearlo. Nunca antes ha habido tantas expectativas en relación con un testimonio común de las iglesias, con su acción común y con una manifestación creíble de la unidad tantas veces invocada. «Que todos sean uno, para que el mundo crea». Si las iglesias quieren ser mensajeras del Evangelio, es necesario que den el testimonio que deben al mundo: vivir una comunión creíble, comprometerse juntas en favor de la justicia y de la vida de toda la creación, y luchar por la paz y la reconciliación.

3. Pero la situación que vivimos actualmente es muy diferente. De las iglesias que contribuyeron a la creación del Consejo Mundial se ha apoderado una profunda inseguridad y parálisis espiritual. A pesar de los impresionantes logros de los tenaces esfuerzos por alcanzar convergencias y acuerdos sobre las cuestiones fundamentales de doctrina, a las iglesias les falta la fuerza espiritual para dar el salto que les permita

Universidad Pontificia de Salamanca

superar las identidades confesionales caracterizadas por exclusiones recíprocas. El número cada vez mayor de fieles que se van de las iglesias y el aumento simultaneo de nuevos movimientos religiosos en los países tradicionalmente cristianos, el reavivamiento y la expansión de las grandes religiones mundiales, en particular del islam y el hinduismo, así como la movilidad cada vez mayor y la mezcla de grupos de población tradicionalmente homogéneos, han suscitado ese clima de inseguridad. Ante ese fenómeno, la reacción de las iglesias históricas ha sido aferrarse a su tradiciones. Para ellas, la unidad de la Iglesia significa ante todo mantener la continuidad con sus orígenes y preservar al cohesión de su comunidad oponiéndose a las fuerzas de desintegración. Por supuesto, las iglesias no quieren poner en tela de juicio los acuerdos con otras iglesias de tradiciones diferentes, alcanzados gracias a los esfuerzos ecuménicos, y se adhieren «al abjetivo de la unidad visible con una fe y una comunión eucarística»; pero cuando se trata de avanzar hacia un verdadero ecumenismo, dan muestras de vacilación. La preservación de la propia identidad a menudo prevalece sobre la apertura y la renovación ecuménicas cuyas consecuencias son difíciles de prever.

4. Al mismo tiempo, es cada vez más claro que durante los últimos 25 años se ha ido plasmando una nueva realidad ecuménica entre las iglesias que busca su forma de expresión, y aspira a un reconocimiento cada vez mayor. Y para más y más personas en el Norte —especialmente las mujeres y la generación más joven— las tradiciones e identidades confesionales heredadas del pasado tienen cada vez menos un valor absoluto. Y no siempre es fácil de conciliar ser cristiano y miembro activo de una iglesia institucional. Tanto en el Norte como en el Sur surgen nuevas formas de comunidad cristiana. Y se comparten liturgias, oraciones y cánticos que expresan una espiritualidad ecuménica. Las traducciones en común de la Biblia y la colaboración teológica, las experiencias vividas juntos en situaciones de persecución y en la lucha común por la justicia y el respeto de los derechos humanos, así como el compromiso común por la paz y la salvaguarda de la creación de Dios, han ido despertando una conciencia de solidaridad y de comunión a la que no se adaptan las formas del pasado. Las iglesias históricas protestantes han establecido vínculos tan estrechos entre sí que podría decirse que de hecho constituyen una comunidad eclesial aunque no haya un reconoci-

Universidad Pontificia de Salamanca

miento mutuo oficial. En general, las declaraciones oficiales de las iglesias no hacen más que confirmar prácticas establecidas desde hace tiempo en las comunidades locales.

5. Es difícil establecer un vínculo entre los diálogos bilaterales y multilaterales de los delegados oficiales de las grandes iglesias y esta nueva realidad ecuménica. Y las aclaraciones que han aportado así como el nuevo lenguaje común se apoyan en un nivel de coincidencia que corresponde a una situación superada. Por otra parte, las comunidades evangélicas conservadoras y pentecostales de las iglesias del Sur, con fuerte arraigo autóctono, apenas participan en esos diálogos, aunque constituyen la forma de cristianismo que aumenta más rápidamente. Para superar el estancamiento que afecta al proceso ecuménico en su búsqueda de unidad visible, sería necesario adoptar un nuevo enfoque. En lugar de diálogos bilaterales por separado y de las conversaciones multilaterales, tendríamos que encontrar una forma de relación que permitiera reconocer y aceptar la coexistencia de culturas cristianas de índole diferente: bizantina en Oriente, romana y protestante en Occidente y, en el Sur, sobre todo evangélica conservadora y pentecostal. El diálogo ecuménico será, pues, en el futuro, un diálogo constructivo entre todas esas diferentes culturas, un diálogo que nos invite a profundizar nuestra comprensión de la integridad de los otros, de los extranjeros, sin obligarnos a tener que fundir nuestras diferencias tanto como sea posible en un consenso. Para ello, necesitamos una hermenéutica intercultural ecuménica que nos permita entender la unidad como una comunión de tradiciones que continúan siendo diferentes y determinar sus criterios específicos. Esto no significa que debamos aceptar como algo normal las separaciones o divisiones de la Iglesia cracterizadas por el pecado. Una hermenéutica de este índole no sólo deberá superar los límites de la diversidad objeto de tantos debates, sino que deberá examinar el grado de unidad aceptable y tolerable, determinando los criterios de la «unidad necesaria y suficiente». En esa perspectiva, es necesario reanudar las discusiones y los estudios sobre hermenéutica que llevó a cabo la Comisión de Fe y Constitución en los años sesenta.

6. Cuando se fundó el Consejo Mundial en 1948, recibió como mandato, de conformidad con su Constitución, que continuase la labor de los dos movimientos mundiales de «Fe y Constitución» y «Vida y Acción». Tras la revisión en 1975 del

Universidad Pontificia de Salamanca

artículo de la Constitución relativo a las fundaciones del CMI, el Consejo en su conjunto ha hecho suya la tarea más específica de la Comisión de Fe y Constitución, a saber: «exhortar a las iglesias al objetivo de la unidad visible con una fe y una comunión eucarística expresadas en el culto y en la vida común en Cristo y a avanzar hacia la unidad, para que el mundo crea». Esto ha puesto en evidencia en manera inequívoca que la actividad de Fe y Constitución está en el centro mismo de las tareas del Consejo Mundial de Iglesias. En este sentido cabe destacar una y otra vez que la tarea por excelencia del Consejo, su razón de ser, es promover la unidad de la Iglesia, señalando al mismo tiempo que no es posible, de ninguna manera, desatenderla. Sin embargo, es indispensable recordar también que en la definición de los objetivos del Consejo, unidad, misión, testimonio, servicio y renovación forman un todo indisoluble. Así pues, no hay ni prioridades ni «jerarquías». Esta concepción inclusiva del mandato ecuménico se refleja también en el Reglamento de Aplicación de la Comisión de Fe y Constitución, en el programa de actividades de la Comisión durante los últimos treinta años y, sobre todo, en el tema mismo de esta conferencia mundial.

7. La unidad de la Iglesia como don y vocación es indivisible. Lo mismo se aplica al Movimiento ecuménico que representa el empeño de las iglesias de hacer visible su koinonía en la fe, la vida y el testimonio. Por lo tanto, el Decreto sobre Ecumenismo del Segundo Concilio Vaticano es un acontecimiento decisivo que ha permitido hablar de «un sólo movimiento ecuménico», un movimiento que abarca a todas las iglesias que reconocen que, a pesar de todas las divisiones, existe una comunión real aunque todavía incompleta entre todos los que creen en Cristo y que han sido bautizados en su nombre.

El CMI se ve a sí mismo como el instrumento de ese movimiento ecuménico único que es más amplio que el círculo de sus miembros oficiales. Porque, a pesar del número cada vez mayor de sus iglesias miembros, el CMI sigue siendo principalmente un consejo de iglesias históricas de tradición ortodoxa y protestante. Tras madura reflexión, la Iglesia Católica ha decidido no adherirse de momento al Consejo Mundial de Iglesias. Las razones son bien conocidas por lo que no precisamos exponerlas. De ahí que sea tanto más importante que la Iglesia Católica haya decidido participar oficialmente,

Universidad Pontificia de Salamanca

junto con las demás iglesias, en la labor de la Comisión de Fe y Constitución. Esta participación fue posible gracias a una disposición del Reglamento de Fe y Constitución que estipula expresamente que «las personas pertenecientes a iglesias que no formen parte del Consejo, pero que confiesen a Cristo como Dios y Salvador, podrán ser miembros de la Comisión». Esta disposición se ha aplicado no sólo a teólogos católicos, sino también, muy al comienzo, a las relaciones con las Iglesias evangélicas conservadoras. Esto da una trascendencia especial a la labor de la Comisión, como puede comprobarse en la resonancia que han tenido las declaraciones de convergencia sobre el bautismo, la Eucaristía y el ministerio. Sin embargo, la posición especial que ocupa la Comisión de Fe y Constitución sobre todo debido a la participación explícita de la Iglesia Católica —posición que puede compararse en cierto sentido con la particular composición de la Conferencia Mundial de Misión y Evangelización— no nos permite decir que, por razón de la antigua tradición del Movimiento de Fe y Constitución, la Comisión pueda separarse y diferenciarse del Consejo. Fe y Constitución sigue siendo una comisión del CMI que nació de la fusión de los Movimientos «Fe y Constitución» y «Vida y Acción» a los que se unieron más tarde el Consejo Misionero Internacional y el Consejo Mundial de Educación Cristiana. Por supuesto, el CMI deberá estar abierto en el futuro a cambios en su estructura que le permitan estar al servicio en el futuro del único Movimiento ecuménico indivisible de modo más convencente y eficaz; pero, para ello, no sirve de mucho poner en tela de juicio las convicciones que inspiraron la fundación del Consejo Mundial de Iglesias.

8. El CMI ha iniciado los preparativos de su Octaba Asamblea que tendrá lugar en 1998, fecha en que se conmemorarán los 50 años de su fundación. En vistas de este acontecimiento, se ha invitado a todas las iglesias miembros a participar en un proceso de reflexión sobre una concepción común del CMI y sobre la visión ecuménica que las une con vínculos comunes. En la tradición bíblica, el año quincuagésimo es el año jubilar que sigue a los siete años sabáticos; un año en el que no sólo se perdonan las deudas y se libera a los esclavos, sino que, según la voluntad de Dios, se restablece la repartición original de la tierra. Porque la tierra pertenece a Dios.

Universidad Pontificia de Salamanca

Esta analogía puede servirnos de estímulo para celebrar el cincuentenario de la fundación del Consejo Mundial de Iglesias como año del jubileo ecuménico, un año en el que desaparezcan los anatemas del pasado por cuestiones de doctrina y en que las iglesias se conviertan del cautiverio de la separación a la koinonía, que es un don de Dios y una vocación de la Iglesia. En un gran acto de unidad, las iglesias, representadas por sus delegados, podrán reafirmar que están ligadas unas con otras en una comunión eclesial genuina basada en el único bautismo y en la confesión común de Jesucristo. Esta comunión en el cuerpo universal de Cristo es el don gratuito de Dios mediante el poder del Espíritu Santo. Así pues, es indivisible y ninguna iglesia puede reivindicar derechos de propiedad ni declararse a sí misma el centro de esa koinonía.

La nueva realidad ecuménica que se ha ido conformando entre las iglesias en los últimos decenios, y en particular desde el Segundo Concilio Vaticano, exige hoy de nosotros esa clase de conversión, o sea, un cambio fundamental de orientación. En lugar de analizar lo que aún nos separa debemos concentrarnos en la comunión que ya existe tratando de consolidarla, de ampliarla y de darle expresión concreta. Como ha escrito el «Grupo de *Les Dombes*» en su último y excelente libro, esto entraña un acto de conversión en el sentido de una convergencia hacia el centro de la koinonía, que tenga debidamente en cuanta la declaración de la Tercera Conferencia Mundial de Fe y Constitución, a saber:

> «en la medida en que tratamos de acercarnos a Cristo, nos acercamos los unos a los otros». Así pues, necesitamos llegar, por encima de nuestras divisiones, a una comprensión más profunda y más rica del misterio de la unidad, dada por Dios, de Cristo con su Iglesia. Debemos ser cada vez más conscientes de que sólo podemos comprender el significado pleno de las historias separadas de nuestras iglesias si las consideramos en el contexto global de la acción de Dios para todo su pueblo».

En el mismo texto de la Tercera Conferencia Mundial titulado

> «Una palabra a las iglesias», se dice acto seguido: «Es necesario poner claramente de manifiesto el grado de unidad que han podido vivir juntas las iglesias. Una fe en la unidad de la Iglesia de Cristo que no esté acompañada de *actos* de obediencia es una fe muerta. Hay verdades acerca de la naturaleza de Dios y de su Iglesia que permanecerán para siempre ocultas a

Universidad Pontificia de Salamanca

no ser que actuemos juntos en obediencia a la unidad que ya poseemos. Por consiguiente, debemos pedir ardientemente a nuestras iglesias que consideren si estamos haciendo todo lo que deberíamos hacer para manifestar la unidad del pueblo de Dios. ¿No deberían nuestras iglesias preguntarse si están manifestando una voluntad real de entrar en conversación con otras iglesias, y si no deberían actuar juntas en todos los ámbitos, salvo en aquellos en que profundas diferencias de convicción las obligan a actuar separadamente? ¿No deberían reconocer que a menudo permiten que fuerzas e influencias seculares las separen, en lugar de testificar juntas el señorío único de Cristo, quien reúne en su pueblo a todas las naciones, razas y lenguas?

El futuro del Consejo Mundial de Iglesias dependerán en gran menera de que logre convencer a las iglesias que ha llegado el momento de cumplir ese acto de conversión que implica una convergencia hacia el centro de su unidad. La Comisión de Fe y Constitución tiene una tarea única en la conformación del futuro del Consejo preparando y sentando las bases de ese acto de conversión. Con ello también cumpliría con su función específica en el contexto actual del Movimiento ecuménico y permanecería fiel a su propia tradición expresada en las primeras conferencias mundiales de Fe y Constitución. Manos a la obra, pues, todos juntos, por esa renovación de la visión ecuménica.

KONRAD RAISER

Pastor luterano y Profesor de Teología en la Universidad de Bochum, Alemania.

Desde 1993 Secretario General del CMI

Universidad Pontificia de Salamanca